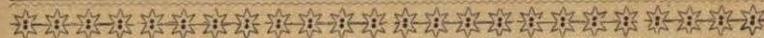


su fiereza y á las serpientes de su astucia; que un nuevo orden nacerá del seno de los siglos, y la naturaleza se colmará de frutos y los hombres de virtudes; irán las juguetonas cabras al aprisco y entregarán de grado sus tetas cargadas de leche; el buey no sentirá el peso de su yugo ni la yerba la mordedura de la hoz; las adelfas perderán su ponzoña y las almas sus inquietudes, porque los antiguos dioses huyen y en el horizonte de los tiempos amanece el día eterno, el día esperado, el día bendecido de la nueva era.

¡Cuánta melancólica poesía encierra aquel preciosísimo soneto consagrado á la memoria de su padre! Ausente en lejanas tierras, cuando el pálido espectro de la muerte vino á sentarse junto á la apagada lumbre de su hogar, eleva á la memoria de su padre un cántico sencillo, y con honda aflicción convierte al cielo sus miradas: ¿por qué no le fué dado sentarse á la cabecera de aquel lecho, en donde agonizaba la prenda más querida de su alma? ¿por qué sus trémulas manos no cerraron aquellos párpados tantas veces humedecidos por sus besos? Sacerdote extraño le ayudó en el durísimo pasaje á la eternidad; acaso el pobre anciano quería depositar en el seno de su hijo sus últimas y santas confidencias; pero un inmenso piélago los separaba, y ni siquiera tuvo el triste huérfano el consuelo dolorosísimo de acompañar al fúnebre cortejo hasta que la tierra hubiese ya cubierto aquellos restos venerados y caros para su alma! Podría aplicarse á este soneto aquella afiligranada frase de Saint Beuve: es una gota de esencia encerrada en una lágrima de cristal.

Ipandro Acaico podrá no ser un gran poeta; pero es seguramente un gran artista.



ALFREDO BABLOT.

Acaba de morir el más valiente, el más elegante, el más simpático, el más hábil revolucionario de la prensa mexicana.

Zarco personificó la prensa de los grandes combates, de las batallas campales: fué el publicista en la más alta acepción de esta palabra. Y por aquel entonces Bablot era el que regía corcel más ágil, de escarceos airosos, de gualdrapas deslumbrantes, de lomo que espejeaba como raso nuevo. Los acicates del ginete eran de oro y vestía él de rica seda. ¡Qué campeón tan gentil y tan gallardo! En la crónica desnudaba el florete de pomo cincelado y se batía con la arrogancia y la destreza atribuída á los mosqueteros de Luis XIII. Maestro en todo género de esgrima, él enseñó la esgrima de la gacetilla, y era esta, en su mano, como daga florentina. Ninguno estoqueaba con más rapidez y galanura; ninguno tenía como él tino tan grande para irse á fondo en el momento preciso; nadie tan experto para las fintas y los quites. El inventó en México la gacetilla avispa, la gacetilla luciérnaga, la gacetilla *no me olvides*.

En aquel tiempo sus aficiones artísticas, sus conocimientos musicales, su buen humor, llevábanle al teatro y á escribir de teatros le obligaban. El primer periódico que fundó en México, el *Dague-rrrolipo*, estaba dedicado especialmente á tratar de ocurrencias teatrales. ¡Y qué verba, qué denosura y qué elegancia hay en esas crónicas de ópera que publicó durante varios años en el *Siglo XIX*! No ha tenido ese diario cronista de mayor fuerza, ó, mejor dicho, de más

asombrosa agilidad y de más centelleante brillantez. Ni los otros periódicos tuvieron rival que presentarle ó ajustador que le venciera en el torneo.

Bablot tenía en grado sumo la facultad esencial del periodista, la facultad de asimilarse todo. Su inteligencia era diestrísima para la fotografía instantánea. Y en la lucha política útiles son los publicistas como Zarco, los que dejan caer la clava aplastando al contendor, y útil también el periodista como Bablot, que desconcierta al enemigo con movimientos rápidos, caracolea atarantándole y en el instante oportuno descubre la juntura de la coraza y por ahí encaja el estoque.

No le confundáis con los afrancesados de hoy en día, con los neuróticos, con los desequilibrados, con los bebedores de ajeno, que convierten la historieta en crápula y en obscenidad la agudeza; no lo confundáis con los *condottieri* que merodean en la gacetilla y que piensan ya poseer la gracia gala porque tienen la desvergüenza del granuja; no era de los que visten la mómia de una idea con cintajos arrancados á la literatura menuda de la *Vida Parisiense*, del *Gato Negro* ó del *Gil Blas*, ni con los que ávidos se abrevan en las fuentes más turbias de Lutécia: ¡ah, no! su prosapia era muy otra; había bebido con deleite en los manantiales límpidos y frescos de las letras latinas; en su vaso escanciaban las musas vino de Chipre, que no absintio; sano, rozagante, fresco era su ingenio, y si, curioso, moderno enamorado de lo antiguo, iba á la saturnal alguna vez, entraba á ella, no tambaleando y con el cútis pálido por las vigilietas crapulosas, sino como risueño joven griego, coronada la sien de verdes pámpanos: era el francés alegre, malicioso, agudo; el docto en ese arte difícilísimo que nos enseña á ser reticentes y á poner en su lugar los puntos suspensivos; á decir cosas claras sin decir cosas crudas; el francés que tiene en el fondo mucho de Rabelais, pero que sabe entreabrir los labios cuerdamente para que de la carcajada sólo salga afuera la sonrisa.

Muchos copian las desnudeces de Gautier: pero el gran Theo desnudaba diosas y sus imitadores arrancan la camisa de la hetera. Muchos pretenden imitar la virulencia y procacidad de Rochefort; pero la arma de éste es el puñal brillante, y la de aquellos una sucia navaja de rapista.

Bablot no era de esos. Su vida periodística llena más de cuarenta años, y en toda ella ¡cuántas peripecias! ¡cuántos lances y aventu-

ras! Ya el duelo caballeresco, ya el encuentro en sombría calleja, ya el tutor burlado, ya el rapto audaz, ya la graciosa travesura: un párrafo que pica, otro que punza, una crónica que hiere, un artículo que mata, el quite á tiempo, la estocada mortal, el pronto asalto, y en todas esas peligrosas aventuras, siempre el ingenio, siempre la destreza, nunca el embozo ni la cobardía.

Y era acaso porque en Bablot predominaba el sentimiento artístico. Hasta para escribir una esquila era artista y era nuevo Alfredo. Crítica musical, crítica de arte, crítica literaria; el *Salón* de hoy, la ópera de anoche, la comedia de mañana, el muerto de ayer, la belleza que surge, el político que se hunde, la frase que corretea riendo por las calles. . . . todo eso está en la obra de Bablot. Y su casa, ¡qué núcleo para todos los enamorados de lo bello! Ibamos á ella como á las Islas Afortunadas.

Era Alfredo un gran niño á quien siempre faltaron ventanas en su casa para echar á la calle el dinero que ganaba. Y á tener grandes caudales habría sido un Mecenas este discípulo de Horacio. Si algo le gustaba y llevaba su precio en el bolsillo, aunque sólo eso poseyera, lo adquiriría. Imposible para él fué resistir á toda tentación de la belleza. El *Carpe diem!* sonaba en sus oídos y aprovechó las fugaces horas de la vida. Con otros se come bien. Cuando Alfredo era anfitrión se comía bellamente.

¿Qué sabía él? Pues todo. Lo que no sabía á las doce y media de la noche, ya le era conocido y familiar á la una de la mañana. Tenía el más completo itinerario intelectual que se haya visto, para dirigirse sin vacilaciones á cualquier punto del conocimiento humano; y contaba además con un tren rápido, relámpago, para ir en él con velocidad vertiginosa al sitio que elegía. Por esa cualidad fué, en nuestra prensa, el primer periodista, y ni tuvo antecesores ni dejó descendientes. Zarco fué señor también de esa prodigiosa facultad; pero no tenía tanta soltura, tanto arrojo, tan cabrilleante y movedido estilo. Era un gran periodista; pero la historia le considerará como el primero de nuestros grandes publicistas.

Bablot estaba en todo, sabía todo, veía todo. Su pseudónimo es el que realmente lo define: PROTEO. Quien no le vió en la redacción de un diario manejar las tijeras, poco sabe de ardides periodísticos. Esas tijeras escribían, daban *original*, como se dice en términos de imprenta. Como el pico de la urraca sobre la joya brillante, caían ellas sobre lo nuevo, sobre lo bonito, sobre lo oportuno; y al morder-

lo se lo apropiaban de tal suerte, que aparecía, y casi era de la redacción á que servían, el impreso cortado. ¿Dejaban sólo á Bablot los redactores? Pues solía esto ser mejor para los subscriptores inteligentes del periódico.

Si alguna vez llevo á escribir mis recuerdos ó á historiar la vida de los diarios en que he escrito, ya hablaré largamente de los dos últimos años del *Federalista*, únicos de que fuí testigo. Fueron los años tristes, los del esfuerzo heróico, los de la bárbara agonía

Del que quiere evitar lo inevitable.

Pero en sus años juveniles, en las primeras campañas de ese Richelieu, ¡qué triunfos y qué fiestas! Su algazara llegaba á mis oídos de niño. Con el *Federalista*, Bablot hizo una gran revolución en la prensa de México. Arrumbó los ídolos; señaló la peluca ridícula del pedante y doctrinario editorial, vestido siempre de negro; inventó la gacetilla viviente; dió al periodismo su escuadrón volante, su caballería ligera. Con perspicacia finísima descubría al hombre inteligente, y éste iba á él, no prendido en el chuzo del traperero, sino obedeciendo á los impulsos de irresistible simpatía. La inteligencia se le agrupó: y la inteligencia lo quiso.

El *Federalista* era ministerial; el *Federalista* en los últimos años de Lerdo, defendía un gobierno que era ya detestado; y á pesar de eso, el *Federalista* era el diario más simpático, el más buscado, el más leído. Era Bablot haciendo suertes: escamoteaba al gobierno, aparecía él en su lugar y le aplaudían.

De esta simpatía, propia del hombre, era reflejo el estilo del escritor. Definir ese estilo, es muy difícil: llamémosle *proteico*. Unas veces serio, otras festivo; ya mal intencionado, ya galante; ora vestido con el manto que tiñó el múrice de Tyro, ora llevando con desgaire la chaquetilla del pilluelo parisiense, ese estilo se transformaba en interminables avatares. Pero eso sí, lo que escribía Alfredo era leído siempre. La primera línea del artículo era un aperitivo; la segunda un arenque; y estimulada ya la sed, bebíamos todo.

Tan grande era su facultad de asimilación, que vino á México sabiendo bastante latín, mucho francés y con buenos estudios de humanidades; pero sin saber pizca de español; y á poco ya escribía en castellano, con igual soltura que en su lengua nativa; ya escribía en nuestro idioma literariamente, empleando giros clásicos y lucien-

do todas las galas del buen decir, muy más que los tenidos en aquel entonces por disertos y por galanos escritores.

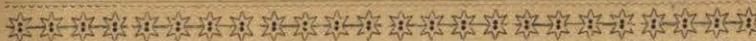
¿A cuál se parecía ese estilo de Bablot? Un poco al de Janin, con quien tenía Alfredo afinidades por su latinismo y por el culto al poeta de Mántua, lo propio que por la milagrosa facilidad con que ambos escribieron. Pero si Bablot quería, su estilo se asemejaba al de cualquier otro.

Figuraos un baile de máscaras en Venecia, un combate de flores en Niza, una batalla de *confetti*; muchas luciérnagas, muchas mariposas, rumor de granizo, risas de niños en la tarde del sábado, ruído de incontables cabecitas de alfiler que llueven sobre tejados de metal; y entre esta baraunda, un plinto griego, un fresco pompeyano, un verso de Ovidio, un latigazo de Juvenal, una estatuita de Versalles, una línea de Rafael, una gota de color caída del pincel de Rubens, y todo eso admirablemente combinado era el estilo de Bablot. Barajaba cartas muy bonitas, y siempre, al caer en el tapete verde, predecían buena ventura.

¡Y todo eso perdido.....! ¡Todo ese talento ya apagado como el esqueleto del *castillo* que tan deslumbrantes cohetes lanzó al aire! ¡Allá en las colecciones de periódicos que encierran el pensamiento como en ataúd! ¡Allá en la memoria de los amigos que también se va apagando! ¡El periodista crea para el olvido!

A la tumba del que bien quise no iré hoy con elegías. A él le apenó siempre ver triste á algún amigo. De rosas frescas, no de amarillas inmortales, es la corona que le dejo.





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BETTS"
Cada 1671

D. ANDRES QUINTANA ROO.

Diciembre 16 de 1893.

Algunos jóvenes devotos de las letras se reunieron el domingo último para inaugurar una agrupación literaria, á la que han dado el nombre de QUINTANA ROO. El insigne meridano, aquél de quien Blanco Wite decía: «en la tierra donde hay pensadores como él, la esclavitud es imposible;» el amador romancesco de Leona Vicario; el consejero, el espíritu socrático del gran Morelos, dará buena suerte á los muchachos, fieles y entusiastas, que para honrarle se congregan. Digan ellos con él:

Renueva ¡oh musa! el victorioso aliento
Con que fiel de la patria al amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento.

Quintana Roo fué de esos hombres que parecían venir á la contienda armados caballeros por Plutarco; de los contemporáneos, redivivos de Cicerón y de Tácito; de la falange que pensaba con sobrehumana quietud y hablaba con excelsa limpidez y batallaba con pujanza atlética. Varón eximio de la antigüedad, en nueva carne, era Quintana.

Da á los hombres de tal linaje su prestigioso poderío, cierto ascetismo, no contemplativo, sino campante y guerreador; salen del claustro, con la color amarilleada como por inexplicable contagio contraído en el incesante comercio con los pergaminos venerandos, más no reingresan á la vida entecos ni con ansias de muerte, sino arro-

jados, animosos, á manera de aquellos pontífices medioevales, tan expertos teólogos como hábiles ginetes, y tan duchos en controversias como en lides. Se les tomará por santos desprendidos de polvoso lienzo monacal; pero son campeadores de poderosa resistencia y alma impávida. No encontraréis en los modernos sabios ó guerreros, esa ecuanimidad inalterable. Fueron hombres de una pieza, duros, macizos, briosos y altos.

En algunos, como en D. Andrés Quintana Roo, el físico y hasta la benévola mirada no revelaban al robusto contendor: parecían débiles aquellos forzudos combatientes, aquellos recios pensadores. Había que retraerles para juzgarles.

Así, supongo, que á Prieto pasmaría en su primer encuentro con Quintana Roo, verle encorvado, viejecito, de «barragán encarnado; vestido nuevo, negro y correcto, corbata blanca mal anudada y sombrero maltrecho con la falda levantada por detrás,» tal como nos lo pinta en sus preciosísimas MEMORIAS, aun inéditas. Pero, á poco, Prieto se fija en los ojos «expresivos y brillantes» del anciano; en su frente «olímpica y llena de magestad,» y entonces se da cuenta de que todavía anima á aquel hombre el alma entera de la Independencia. Oye hablar á Quintana, y queda fascinado, siente correr la insurrección por sus hinchadas venas, ve á Morelos, penetra en el claro y recto camino que señaló por vez primera la República en el Congreso de Chilpalcingo.

La poesía de Quintana era la única entusiasta, á veces la única que de cuando en cuando sonaba á bronce, á chocar de escudos; la única viril en aquella época que requería toda la virilidad de la nación para el combate armado, y no la desperdiciaba en versos ni en arengas. Alza su pecho de amazona en algunas estrofas, vigorosa y genial respiración. La bandera comienza á ondear, izada en el mástil, en el adónico de un sáfico. Ya hay Patria y ya hay América en esa amplia poesía.

Antes de Quintana Roo, ¡qué tristes y qué lívidos los poetas, que ni me atrevo á llamar nuestros, de las edades anteriores! Y en su tiempo, ¡qué débiles y qué enfermizos los coetáneos! «Restaurador del buen gusto,» le llaman, á pesar de que el Sr. D. Francisco Pimentel, en su muy laboriosa y erudita «Historia Crítica de la Poesía en México,» no parezca consentir con beneplácito en que tal título le den, por tener éste como ya ganado antes por el melífero padre Navarrete. Tampoco por restaurador le tengo yo, porque nada cas-

tizo había que restaurar. Los poetas nacidos en México y florecientes en los siglos XVI, XVII y XVIII, son imitadores más ó menos fáciles, más ó menos correctos de latinos, ya muy desfigurados por expurgos, ó de culteranos y artificiosos españoles. No exceptúo ni á la *décima musa*, á la gentil Sor Juana Inés, porque labor de monja, un tanto cuanto mundana, es la que nos dejó; y no obstante, lo sutil y agraciado de su ingenio, salvo tal cual acierto y dispersos donaires, nada trajo al acervo literario.

Parafraseaban salmos, trenos ó himnos bíblicos, aquellos buenos franciscos, agustinos ó dominicos; procuraban infundir fervor y piedad en sus poesías; más siempre fué para ellos muda la naturaleza, guardadora, para otros, de recónditas bellezas; siempre se les apreciaron muy vestidos y afeados los modelos clásicos, y no vivirán, no viven, apenas sí vivieron, versos que duran lo que breves cirios puestos en más ó menos pulcras cornucopias.

No me convence de lo contrario, el sabio D. Francisco Pimentel, por más que hable de Saavedra Guzmán, de Terrazas, del tepaneca Plácido y de Eslava. Aquella poesía pobre, mal traída y sufragánea de la española y de la española piadosa, carece de vigor, y siempre careció de lozanía. Y eso por lo que toca á la poesía del siglo XVI, que en cuanto á la de las dos centurias siguientes, casi toda es misérrima. Huélgome de que el jesuita Landivar escribiera su poema latino *Rusticatio Mexicana*; pero huélgome, porque dió lugar á que el padre Pagaza parafraseara, hermo세ándolo, y no por gusto, sí por complacencia, el tal poema; pues quien ha embellecido las versiones castellanas de Virgilio y Horacio, bien que puede hermo세ar, transfigurándolo, á Landivar.

El Padre Fray Manuel Navarrete, el *Mayoral* dilecto de la *Arcadia*, era, en resumen, «Mayoral extraño, como aquel del soneto tan gustado.» Y, bajando á los contemporáneos de Quintana Roo, al padre Ochoa y á Tagle, ambos conspícuos, puede aseverarse que ni en uno ni en otro hubo robustez ni espontáneas y libres energías.

¿Qué había de restaurar Quintana Roo? El, sí tenía excelente intelección de la literatura clásica, y por ende llevó al redil ovejas descarriadas. Sabía por do quedaban los viejos lares de la poesía. Pero, sólo con eso, de poco habría servido la belleza y nada habría fundado ni entrevisto algo nuevo. ¿Y fundó? En rigor, no; pero sí fué de los primeros en columbrar un gran amanecer. Sintió el soplo de la Oda que pasaba, y sacudió sus cadenas y tuvo intentos de

volar para alcanzarla. De sus labios, como de la estatua de Memnón, herida por el sol naciente, brotó el canto, ¿Cómo culparle de que no corriera por todo el inflamado firmamento en la cuadriga voladora de los cantos épicos, si epopeya mayor, poesía más alta, tocábale realizar en la contienda humana? Adivinar la República, sentirla, verla, hacerla en el Oriente para que ascienda é ilumine á una libre Nación: he ahí su gloria. Vivió el poema. Hizo la hazaña para la oda y para el bronce.

La fórmula de nuestra nacionalidad, la dió Quintana. Dijo á la Libertad: tu santuario es la República. Ya por tierra echaste las fortalezas enemigas: entra ahora á la tuya!

Y en el crepúsculo vespertino de una existencia fatigosa, cuando, como dice Manzoni, «cae, sobre la blanca página, lánguida la mano,» cantaba el viejo bardo y había broncíneos ecos en sus versos.

Amó la patria, la libertad y la belleza. Su nombre os dará amparo y propicia suerte, amigos jóvenes!



D. ANTONIO DE VALBUENA.

«RIPIOS ACADÉMICOS.»

Hace poco hablaba—y por cierto que imprescindibles atenciones me han impedido continuar la empresa, dejándome con la deuda, que muy en breve pagaré—de las «Cartas Americanas» de D. Juan Valera, crítico por todo extremo pulcro, y también, á las veces, por todo extremo indulgente. Aun cuando le dé á Valera por ser justo y por decir sin ambages lo que piensa, da á la censura forma tan cortés, tan de buen tono, que no hay medio de echar todo á barato armándole camorra. El reverso de la medalla es D. Antonio de Valbuena, crítico pendenciero, de voz ronca y gritona; escritor que se pone en mangas de camisa cuando se propone criticar á alguno, y en la actitud de quien se alista para dar puñadas; literato muy erudito, pero jayán y montaraz, más diestro en el manejo de la navaja que en el de la espada; majo de mucha gracia y de muy buena sombra, pero incapaz de hablar en un salón sin soltar redondos ternos y juramentos de mayoral. Cuando el Sr. Valbuena escribe para el público, no está á sus anchas, tiene que reprimirse y contenerse como aquel Cadillac protagonista de un sainete francés, á quien su dama le exigió, por prueba única de amor, que durante una hora no dijera ninguna mala palabra. Sentiría desahogo el Sr. Valbuena si le permitieran escribir é imprimir los vocablos bajos que le dicta la cólera y que él reemplaza con puntos suspensivos. Supongo que no es capaz de hacer mal á nadie; reconozco que cuando se enoja y gruñe, tiene razón y justicia casi siempre; creo que toda su ira se va en gritos; pero el

hecho es que no puede andar sin dar empellones, ni enfadarse con la cocinera y tirarle los platos á la cara; es, en suma, un D. Frutos Calamocha de la literatura, muy sensato, muy veraz, muy franco y muy grosero. Remeda, como escolapio malcriado, á los que critica, y así, para pintar á Cánovas, escribe: «*Puez yo pocolez podré alludar á ustedez, porque me ze figura que Zagasta va á caer y voy á tenel que hacer el zacrifício de volver á la Preidencia del Concejo;*» y si trata de otro académico tartamudo, le hace decir: «¡Qué..... no..... che..... tan..... frí..... a!» etc., etc. Al conde de Cheste no le dice que sus versos son malos; le dice claramente *usted es un bruto*. A Cañete le ha dicho muchas veces que «debe comer alfalfa y revolcarse luego en el potrero con los burros.» No hay escritor—de los buenos, se entiende—más claridoso ni burdo que éste. El no recurre nunca á circunloquios ni rodeos. Es una verdulera, de mucho saber y de muchísimo talento, que con los brazos en jarras, le dice á la Academia «lo que no puede decirse.»

La obra capital del Sr. Valbuena es la «Fe de erratas del nuevo Diccionario de la Academia.» Dos tomos lleva de ella publicados, y á fe que en ambos prueba su extenso y profundo conocimiento de la lengua española y la corrección y limpieza con que él sabe escribir. Lo cegará, á ocasiones, la inquina que le tiene á la Academia; serán injustas no pocas de las críticas acerbas que le hace; pero innegable es que en muchísimas otras tiene razón de sobra, como que nadie como él trasiega el castellano sacándole hábilmente todo el jugo. La Academia debe aprovecharse de las advertencias que Valbuena le ha hecho, por más que vayan en forma tan irrespetuosa. La verdad no deja de ser verdad porque la diga un záfio á gritos y entre terno y terno. Y de que el Sr. Valbuena conoce á maravilla el español, de que ha leído con provecho á los escritores clásicos españoles, de que es muy español, hasta en lo mal hablado, no cabe duda.

No es mi intento entrar ahora en regateos de si aquí se equivocó, ni si allá dijo mal ó acullá dió un traspies. Me propongo hablar del Sr. Valbuena como crítico y no como conocedor del castellano, porque ni para esto tengo los tamaños requeridos, ni tal trabajo puede hacerse ligera y atolondradamente. Y tal me he propuesto, porque en ciertos jóvenes escritores mexicanos está ejerciendo perjudicial influencia el Sr. Valbuena, de quien, más que la «Fe de erratas» háse leído por acá el tomito titulado «Ripios aristocráticos.»

D. Antonio de Valbuena, no es, ni con mucho, modelo de críticos.

Lo sería, entre los españoles, D. Juan Valera, si D. Juan Valera dijera siempre lo que piensa. Cuando lo dice, éslo. Pero á menudo no lo dice, y entonces..... hay que leerlo y gustarlo siempre como modelo de buenos hablistas.

Valera es excelente crítico porque sabe mucha filosofía, mucha historia, mucha literatura, porque conoce muchas lenguas, porque posee, en resumen, mucha ciencia. Valbuena no tiene la universalidad de conocimientos de Valera; ni la madurez de Revilla; ni el purísimo sentimiento estético ni la erudición de Menéndez Pelayo; ni es tan listo, tan despejado y tan gracioso como Clarín, á quien tampoco propongo como modelo. Clarín conoce bien las literaturas extranjeras, aunque las conozca en francés, y ya esto sólo bastaría para que fuera superior á Valbuena como crítico; Clarín es agudo, es ingenioso y, de cuando en cuando, grosero; Valbuena, nunca es agudo, nunca es ingenioso, pero es grosero siempre. Clarín llegará á ser maestro, si continúa leyendo y estudiando; si la suerte le permite desprenderse del periodismo, en el que ahora desperdicia y derrocha su talento; si los años, atemperando su irritable sangre, apagan en su ánimo las juveniles antipatías y los rencores personales: Valbuena no lleva trazas de llegar á crítico. Sabe muy bien el español, pero no sabe mucho más. Carece de gusto artístico. Escribe con propiedad y corrección, pero sin pizca de elegancia. Su estilo es sano, pero tiene la salud del campesino mocetón, grueso y colorado. De gracia, atildada y discreta, nada entiende. Valera tiene gracia; Clarín da con ella á ratos, y en gracejo es riquísimo. Valbuena tiene desplante y atrevimiento. Se rie uno de alguno de sus chistes, como se rie cuando ve tropezar y caer en la calle á alguna persona. Para llamar borrico á un mal poeta, no se requiere mucho ingenio. En una palabra, D. Antonio de Valbuena, como conocedor del castellano, es maestro: como crítico, es un simple gacetillero, desenfadado é insolente.

Los «Ripios aristocráticos,» tan imitados en México, no son más que obra de periodista, y de periodista político, no obra de crítica. Cazar gazapos en poesías pésimas, es como coser y cantar. Y todavía Clarín, Armando Palacio, y muchos otros periodistas inferiores á ellos, de los que escriben muy regocijadamente en Madrid, los cazan con más gracia que Valbuena. En el libro de éste, la gracia estriba en que los versos críticos son de veras muy malos, y en que Valbuena llama á sus autores *brutos*. Es llano saber si un verso es cojo ó no; lo

difícil es aplicar la crítica al estudio de obras dignas de ser estudiadas, y realzar sus bellezas é inquirir sus defectos.

Además de esto, hay en el libro de Valbuena un apasionamiento intolerable. Ya sabemos que á todo noble, cultor de las letras y de la poesía, ha de buscarle cuantos malos versos haya hecho para sacarlos á plaza sin curarse de si ha escrito algo bueno ó hermoso. La verdad es que encontró ancho campo en que espigar, porque hay nobles en España que merecen ir á la guillotina, condenados por un Comité de salud literaria. Pero Valbuena no separa el trigo de la zizaña y arremete ciego contra todos. Es, pues injusto, es grosero, y no rescatan el ingenio sus injusticias ni sus groserías.

Ultimamente ha tenido ocasión de lucir sus dotes críticas y no ha podido hacerlo porque no las tiene. Publíquese en Madrid una série de folletos, con el título de *Celebridades Españolas contemporáneas*. Tocó á Valbuena hablar de D. José Zorrilla y acaba de publicar su breve monografía. El asunto es amplísimo. Trátase, no de un poeta, sino de toda una edad poética, de toda una poesía que, ya muerta y helada, como la luna, aparece con melancólica belleza, en el cielo literario. Pequeño era el espacio de un brevísimo folleto para desarrollar tamaña empresa; mas por lo mismo que era pequeño, tenía Valbuena el deber de llenarlo con grano, y no con paja. En poquísimas páginas de su «Nuevo Viaje al Parnaso,» nos dió Armando Palacio, años ha, un buen retrato de Zorrilla; lo mismo acaba de hacer, con deslumbrante colorido Isidoro Fernández Flores, y lo mismo han hecho en España y en la América española, centenares de escritores. Encontrar bellezas en las poesías de Zorrilla es muy fácil, tan fácil como encontrarles defectos. Pues ni eso sabe Valbuena, porque carece de buen gusto. Lo que cita es lo mediano, cuando no lo malo. Palacio Valdés había citado esta descripción:

Muerta la lumbre solar
Iba la noche cerrando
Y dos ginetes cruzando
A caballo un olivar.
Crujen sus largas espadas
Al trotar de los bridones,
Y se ven por los arzones
Las pistolas asomadas.
Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,

Alguien tomará los bultos
Lo menos por bandoleros.
Llevan, porque se presume
Cuál de los dos vale más,
Castor con cinta el de atrás,
y el de adelante con pluma.

Y en efecto, eso es describir.

Valbuena cita los conocidos y ampulosos versos que comienzan con esta estrofa:

¡Bello es vivir! La vida es armonía,
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas.

Y agrega: «No puede haber nada más bello ni más grandioso que esta pintura de la naturaleza. En lozanía, en frescura, en animación y en color, *pasa los límites de lo imaginable*. El poeta había dado con su manera propia de expresión, había encontrado su propio lenguaje, lujoso y florido como acaso no le tuvo jamás *ningún poeta en ningún idioma*.» ¡Esto se llama ser muy español y no haber leído nada!

Palacio Valdés cita esta descripción de una náyade:

Tocó en el haz del agua
Su cabellera blonda,
Quebró la frágil onda
Su frente virginal;
Dejó el agua mil hebras
Entre sus rizos rotas
Y á unirse volvió en gotas
Al limpio manantial.

Estos versos son en verdad, esculturales, cosa rara en Zorrilla. Veamos á los que Valbuena llama *esculturales*:

Ví ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mujeres,
De sus hombres olvidados.
«Vivamos hoy,» se decían
En el lúbrico festín;
Y otros con ayes sin fin
El substento les pedían.
Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

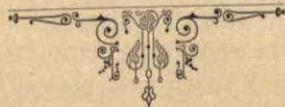
«¡Aquí está el poeta!—exclama Valbuena.—Aquí le tenemos adelantándose á su edad y sintetizando en cuatro versos *esculturales de grandiosa expresión* los pecados y los castigos de una época desgraciada que aún no había llegado.» ¡Qué escultura ni qué época! No hay tal escultura, y la época en que unos se emborrachan y otros se mueren de hambre, ya era vieja cuando nació Zorrilla!

El librito del Sr. Valbuena es una biografía sosa, sin color, desgarbada, sin asomos de espíritu crítico, sin elegancia de lenguaje ni brillantez de estilo. Todo respira la pasión del periodista reaccionario que detesta á los liberales y que sólo halla buenos á los de su bando. Valbuena dice claramente que para él Zorrilla «es un gran poeta porque es muy buen cristiano» y porque ha cantado las tradiciones de España. Lo que equivale á recomendarnos á un zapatero porque hace buenos sombreros! Su principal empeño es demostrarnos que Zorrilla es español,—lo que juro,—que es buen católico—lo que dudo,—que es buen hijo,—lo que niego, porque Zorrilla mismo lo ha negado,—y que hizo los versos á Larra sin sentirlos—lo que creo. Llega hasta celebrarle que, en desagravio de aquellos versos á un suicida, dijera más tarde esta impiedad y esta mentira:

«Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un *malvado!*»

No, Sr. Valbuena, un escultor no es grande porque haga santos de madera: un escultor es bueno si buenas son sus esculturas. Zorrilla no es grande porque haya escrito versos devotos, sino porque entre sus poesías devotas ó profanas, hay algunas muy bellas. Y tampoco es verdad que Zorrilla, como Ud. dice, sea inconcusamente «el primer poeta de este siglo»—por donde se ve que ha leído Ud. á muy pocos poetas.

En suma, Ud. sabe mucho español; pero no es crítico. Eso sí! ¡Tampoco yo!.....



«RIPIOS ACADEMICOS.»

I.

Si un nuevo libro de D. Antonio de Valbuena no es un acontecimiento—porque hay quien llama *acontecimientos* á los sucesos dignos de memoria perdurable, —sí es, cuando menos, un escándalo literario. Hablemos, pues, de la última obra de este anti-académico, anti-aristocrático y anti-caritativo periodista clerical, célebre en España, y en la América ex-española mucho más que en España, por su perfecto conocimiento del idioma castellano, por su travieso ingenio, por su odio incurable á la Academia de la Lengua y por el aplomo y desparpajo con que planta frescas al lucero del alba: hablemos de los «Ripios Académicos.»

Como prólogo, y para curarme en salud, diré al Sr. de Valbuena que no entiendo ni quiero entender cosa de gramática. Hablo así . . . como me enseñaron . . . y escribo como hablo. De modo que si encuentra en este artículo malas construcciones y peores galicismos, no le cause extrañeza tal hallazgo: es natural, muy natural que así suceda.

Persisto en criticar á este ameno, jovial y burdo crítico, porque echo de ver que en México tiene adeptos á porrillos; que le imitan los jóvenes, más dispuestos siempre á señalar los defectos ajenos que á mostrar y lucir las excelencias propias; que cautiva el garbo desdenoso con que trata á los próceres de la literatura española, y que es muy celebrado y aplaudido por todos los estudiantes aprovechados de gramática.